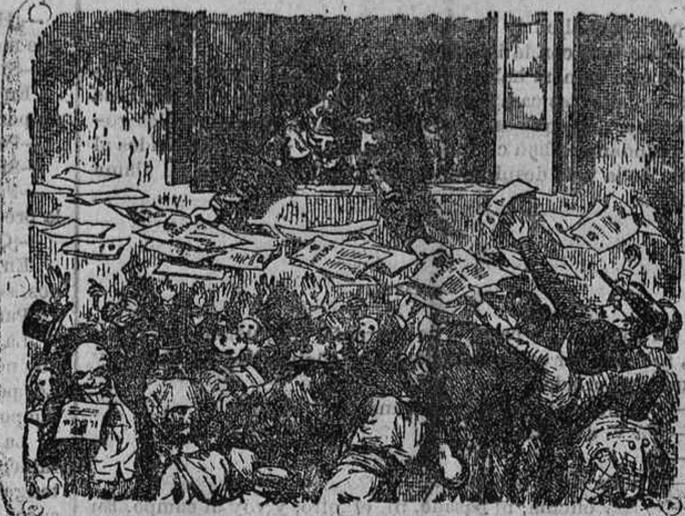


RECIBO, MORALIDAD, INSTRUCCION.

PRECIOS.

MADRID.	
Tres meses.	9 rs.
Seis id.	16 "
Un año.	30 "
PROVINCIAS.	
Tres meses.	10 rs.
Seis idem.	18 "
Un año.	34 "

NUMERO SUELTO, DOS CUARTOS.



LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

PRECIOS.

EXTRANJERO.	
Tres meses.	22 rs.
Seis id.	38 "
Un año.	74 "
Francia.— Pueden hacerse las suscripciones enviando a esta Administracion el importe en sellos franceses del correo. Se suscribe en la Habana: Propaganda literaria, calle de la Habana, núm. 100.	
AMERICA.	
Seis meses.	38 rs.
Un año.	70 "
FILIPINAS.	
Seis meses.	60 rs.
Un año.	100 "

DIRECCION Y ADMINISTRACION Calle de las Hileras, núm. 4, bajo.

EL CASCABEL.

El programa, los principios y los fines de EL CASCABEL se encierran simplemente en el propósito de ponérselo al gato.—Lo que fuere sonará.

COSAS DEL DIA.

Lo de Jerez se acabó; murieron oficiales, soldados y paisanos, y se les enterró como correspondía.

Ahora veremos a ver dónde se arma otro jaleito.

La revolucion va siendo fecunda en sangre; si se sumaran las víctimas de Alcolea, Santander, Béjar, Málaga, Cádiz, Jerez, Alcalá del Valle, etc., etc., se tendría una cifra española.

Ministros y Diputados, apresurados a constituir el país; apresurados a dar paz y garantías al ciudadano honrado y trabajador, porque si tardais mucho, se desacredita vuestra obra revolucionaria, y todo el mundo dirá, como ya dicen muchos: —Estamos peor que estábamos.

Siquiera porque no se alegraran el señor de Guirigay y el intendente, debiais gobernar bien, y no dar lugar a justísimas quejas.

Pero ¡que si quieros! todavía colea, como se dice vulgarmente.

Vamos a otro asunto.

¿Ustedes recuerdan que yo haya pedido alguna vez en este periódico, que sea rey el duque de Montpensier?

No he pedido tal cosa, porque yo me conceptúo muy poco autorizado para presentar reyes y ponerlos y quitarlos; lo que sí recordarán ustedes, es que he defendido al duque de Montpensier y a su señora de groseros insultos, y que habiéndome dicho un periódico moderado que yo debía ocupar un puesto en la corte del duque, le contesté que no me había llamado nunca la atención el oficio de cortesano, pero que si me volviera loco y me diera por ahí, con más gusto sería cortesano del duque de Montpensier que de Marfori.

Esto viene a ser todo lo que yo he dicho del duque de Montpensier.

Pues bien; esto que yo he dicho me ha valido que me coloquen entre los partidarios del duque de Montpensier y los partidarios de su candidatura; y como para desacreditarla, se valen los amigos de Marfori, los de D. Carlos de Borbon, los del rey viudo de Portugal, los del príncipe Alfonso, y los de Robespierre, del recurso de hacer creer que el duque de Montpensier compra amigos, resulta que en cuanto hay una persona o un periódico que no llama a Montpensier *naranjero*, *usufructuario*, *franchutá*, (*1*) *narizotas*, y otros epítetos de tan buen gusto como los citados, y no le ofende hasta en sus afecciones de familia, en seguida se dice que le han dado dinero, valiéndose al efecto de alusiones y chistes del calibre que va a ver el lector. Copio lo siguiente de un periódico:

«Leemos en un periódico la siguiente noticia:

«La Política ha estrenado fundición y candidato nuevo.»

«Pues bien, nosotros lo comprendemos perfectamente, esta fundición muy usada. ¿Y qué? También El Cascabel la estrenó días pasados, y Las Novedades también la habrán estrenado, y La Monarquía democrática quizá también. ¿Ustedes saben lo que se gastan las fundiciones con el papel extranjero?...»

«¿Qué bonito!

«Con qué la fundición que usa El Cascabel ha sido un regalo... ¡Vaya por Dios! Nos la ha comprado el duque, ¿no es verdad?... ¿Por qué no lo ha dicho claro el periodiquito, en lugar de andarse con rodeos y dejar a la penetración del discreto lector el alcance del sueltécito en cuestion?...»

Diga V. y doña Isabel II no me habrá dado algo también por decir mas de dos y de diez veces que no me parecían generosos los insultos que se la dirigian, y que eran una indignidad las caricaturas obscenas que se han vendido y se venden por ahí para vergüenza de todos?... ¿Y no me habrá enviado también algo D. Carlos de Borbon en pago de no haberle insultado?... Y el rey viudo de Portugal a quien he supuesto, en honra suya, casado, y no otra cosa, con la señora de sus pensamientos mientras los defensores de su candidatura le quieren hacer aparecer viudo, y por lo tanto en una posición indigna de un hombre decente, respecto de aquella respetable señora, ¿no me enviará también algunos reis por el buen concepto de hombre de honor y de conciencia que me merece?... Y el mismo Santo Padre, a quien no he increpado, como otros periódicos, ¿no me enviará este año la rosa de oro, puesto que no hay reina a quien dedicar tan estimable don?...»

¡En verdad que de esta hecha reuno un capitalito que me rio yo!... sin contar con lo que me darán los curas, a quienes no llamo asesinos, ladrones, etc., etc., como he leído en algun papel, y los destinos que me deben dar todos los ministros por haberlos tratado con el debido respeto, y no haberlos llamado reaccionarios, traidores a la revolucion, etc., etc., que de todos estos epítetos y muchos mas suele echar mano la pasion política!...

Calumnias, que algo queda.

Esta aterradora máxima está en todo su esplendor.

Y luego se quejan los políticos de que haya indiferencia política! ¿Pues no la ha de haber?...

Cuando se vé las armas a que apela la pasion política, cuando se vé la intransigencia de los partidos, cuando las acciones mas sencillas se interpretan malévolamente, cuando unos periódicos desacreditan a otros, cuando la voz de la razon no se deja oír, cuando a los que han expuesto su vida en la revolucion y han dado al país la libertad se les quiere hacer callar, negándoles casi el derecho de hablar claro que hoy tiene todo el mundo (dígalo Topete el día que dijo que preferia Montpensier a la república), cuando se oyen, las mayores exageraciones, cuando a los seis meses de entrar Prim en España aclamado por todo el mundo, se oye gritar en varias partes *muerá Prim*, cuando a D. Salustiano Olózaga se le trata mucho peor que a Gonzalez Brabo, porque este tenia siquiera la habilidad de impedirlo; cuando se vé, en fin, lo que pasa, y se oye lo que se dice, y se lee todo lo que se escribe y se considera el tristísimo estado del país (qué ha de hacer, qué ha de pensar, en qué ha de tener fé el hombre honrado y trabajador, que no tiene otra ambicion que la legítima de vivir ganando el pan con su trabajo, y vé que cada vez es mas difícil la situacion, que cada vez hay menos trabajo, menos seguridad y menos esperanza?...)

¡Oh! no se culpe a los que han perdido la fé política, a los que viven alejados de esta merienda de negros, a los que callan y sufren; están cansados y desengañados ya, y tienen razon que les sobra, por mas que no produzca bien alguno su indiferencia.

Yo mismo, al ver cómo se interpreta el hecho de condenar que se insulte a Montpensier, ó que se quiera negar a Topete el derecho de manifestar noblemente lo que siente, que viene a ser en resumidas cuentas todo lo que he dicho en este asunto de la candidatura del duque, rompería hoy la pluma y me retiraría a un rincón, si no fuera porque no tengo otro patrimonio que mi trabajo, y no vivo ni he vivido nunca del favor de los reyes, ó de los ministros, ni espero nada del rey que venga, sea quien quiera, lo mismo si es el duque de Montpensier que si es D. Alfonso ó D. Carlos ó doña Isabel de Borbon que todo es posible aquí, todo es posible donde no hay union ni se sabe gobernar ni se sabe obedecer.

Respecto del duque de Montpensier voy a decir lo que pienso.

Tiene derecho y nadie se lo debe impedir, ó vivir en España, puesto que ese es su deseo, y no hay que temer que el noble pueblo español agravie a quien, como el duque, no le ha ofendido jamás.

No sé si el duque de Montpensier aceptaría ó no aceptaría la corona de España, pero yo, que respeto en él al príncipe digno é ilustrado, al buen padre de familia, al amante del hogar y la virtud, si hubiera de aconsejarle, le aconsejaría que no aceptase esa inmensa pesadumbre, que no recogiese la triste herencia de una corona arrastrada y pisoteada por las calles, porque el pueblo español, el pueblo trabajador y honrado, es el mas bueno y generoso, si se le supiera dirigir, el que mas merece la libertad y un buen gobierno; pero la política de nuestros hombres políticos, que aquí no es la ciencia de gobernar sino el modo de echarlo todo a perder, le será fatal a todo rey, por bueno que sea.

Yo digo como Topete; preferiría Montpensier a otro cualquiera de los que están en juego, pero no me atrevería a desear que fuese rey de España, porque deseo su tranquilidad y su bienestar.

Ya ven Vds. que yo no entro ni salgo en que sea rey de España uno ú otro de los candidatos.

Yo no he de ser adulador servil de ninguno, ni contra ninguno he de conspirar.

Y repite lo que dije el otro día; si los republicanos fuesen

todos hombres del elevado talento, de la sensatez, de los generosos sentimientos y espíritu de verdadera justicia que resplandecen en el Sr. Figueras, no pediría rey ni Roque, sino república.

Pero conste que no pido nada, que tomaré lo que me den, y punto en boca.

Esto, sin contar los ocho ó diez mil duros que me da Montpensier todos los días, y las fundiciones que me regala, y algun pavito que me enviará la Npche-Buena próxima.

LA SEMANA SANTA.

MEDITACION.

I.

Nada mas grandioso, nada mas sublime, que la Pasion y Muerte del Redentor del mundo.

La semilla arrojada por Jesucristo desde la Cruz, regada con su preciosa sangre; ha fructificado; y deber es de todo buen cristiano evocar siempre, pero con mas vehemencia en la Semana Santa, la divina epopeya que comienza en la Anunciacion y termina en la Ascension, pasando por el suplicio en que el Hijo de Dios salvó a la humanidad dejándole un ejemplo de sublime humildad, de caridad infinita, de asombrosa grandeza.

Recordar la historia de estos siete dias, seria inútil. ¿Quién la ignora?—La Iglesia la reproduce todos los años, y las letras y las artes cristianas la han repetido y comentado en libros y pinturas.

Por otra parte, yo, que propendo a observar las costumbres; yo, que como los niños busco en todos los objetos que me rodean lo que tienen dentro, prefiero, a hacer una paráfrasis de lo que otros mas doctos han descrito, presentar a la meditacion de mis lectores en accion, en escena, algunas interioridades de la vida, algunos tipos, algunos episodios de la comedia humana,

Vamos a ver qué es lo que la SEMANA SANTA representa a nuestros ojos según la edad, las circunstancias y las diversas condiciones en que nos encontramos.

II.

LA INFANCIA.

—¡Oh! ¡qué dicha, mamá!

—¿Por qué esa exclamacion, hijo mio?

—Hoy nos han dado vacaciones en el colegio, la semana que viene es SEMANA SANTA, despues Pascua, ¡nada menos que diez dias de juego!...

—¿Y te alegras?

—Muchísimo... además mañana es Domingo de Ramos, me llevarás a la iglesia, me comprarás romero y una palma; los bendecirá el cura; los pondré en el balcón y me divertiré mucho.

—Estos dias, hijo mio, hay que pensar en Dios: hay que rezar.

—Ya se vé que sí... Pero me comprarás una carraca como la de mi primo Manolito, la criada me llevará a las tinieblas y cuando apaguen la última vela, haré mucho ruido... mucho... como los otros chicos: El jueves me llevarás a andar las estaciones... yo quiero entrar en muchas iglesias para ver las luces de los monumentos; el viernes iremos a la procesion, ¡me gustaria tanto llevar una vela!

—Bonito te pondrias de cera.

—Ya tendría cuidado... ¡ah! y el sábado quisiera ir a la misa de Gloria a las monjas de al lado; ¡tocan también el órgano! Y el domingo de Pascua al teatro, y el lunes al Retiro, y el martes...

La madre, que piensa de distinta manera que su vástago, se embelesa escuchándole, y cogiéndole en sus brazos:

—Si, hijo mio, le dice, todo lo que tú quieras.

Aquellas frases que espresan los deseos del tierno niño, son la verdad bajo la forma de la inocencia, y la verdad es un consuelo en estos dias sobre todo.

LA JUVENTUD.

En un gabinete de los mas elegantes de Madrid:
 —Ya vereis cómo va á llover, dice una hermosa jóven de diez y seis á diez y siete abriles á dos amigas suyas que la acompañan.
 —Lo sentiria, responde otra.
 —Y yo tambien, añade la tercera, porque querria estrenar mi vestido de cola de tórtola.
 —¿Cuando hace buen tiempo dá gusto!
 —Entonces se puede lucir lo que una lleva.
 —¿Las calles están tan animadas!
 —¡Ahora se gasta tanto lujo para salir á andar las estaciones!
 —Nada menos que dos trajes pueden estrenarse: uno el jueves y otro el viernes.
 —Seria una lástima que lloviese.
 —Yo he ofrecido rezar una estacion mas si no llueve.
 Mudémos de decoracion.
 Varios jóvenes elegantes están reunidos... donde ustedes quieran.
 —Doce tarjetas he recibido ya, dice uno de ellos, y tengo preparadas once monedas de dos duros y una de á cinco.
 —La última para la condesita, ¿no es verdad?
 —Lo has acertado; pide en los Italianos, ¡y como es tan linda!
 —Pues yo ya tengo preparadas mis municiones; duros isabelinos que suenan mucho al caer en la bandeja.
 —La Carrera, la calle de la Montera y la del Carmen estarán animadísimas.
 —Las señoras no piensan mas que en los trajes que deben estrenar.
 —Lástima es que la marquesa se haya ido á Sevilla.
 —Al contrario, ha hecho bien.
 —La Semana Santa en Sevilla es el cuadro mas bello del mundo.
 —A mí me gusta mas en Toledo.
 —Allí es mas triste.
 —¿Con que hasta el jueves?
 —Hasta el jueves.
 —Nos reuniremos en casa de Lhardy.
 —Mejor será en la puerta del Casino.
 La juventud no piensa, pero tampoco oculta que no piensa

IV.

EL AMOR.

Figúrense Vds. unidos por un verdadero y entrañable amor, á una de las tres jóvenes que sentian hace poco que lloviese el día de Jueves Santo, con el elegante que se proponia depositar una moneda de cinco duros en la bandeja de la linda condesita.
 Han pasado algunos años y los dos han disfrutado las dulcísimas emociones de la vida conyugal, y han sufrido los sabores que empañan como una nube el despejado cielo de la felicidad.
 Si se aman con toda su alma, si él es para ella todo el mundo y vice-versa, entonces, cuando llegan estos días religiosos, como la ventura que disfrutan les hace comprender á Dios en toda su grandeza, como la gratitud que experimentan abre su corazon á todos los sentimientos generosos, necesitan cumplir con los deberes de cristianos, y no durante el día, cuando lucen sus galas los que no sufren, los que no saben gozar, sino al anochechar, van al templo llena el alma de fé, su emocion es inmensa y dulcísima, allí elevan al cielo sus oraciones; y si Dios ha bendecido su union, si tienen en la cuna un tierno niño, ¡con qué entusiasmo piden á la Virgen que acoja bajo su proteccion á la inocente criatura que ha nacido de su amor, vive de él aumentándole y está llamada á completar su dicha!
 Algunos años mas, y cuando la inteligencia del niño se desarrolle, cuando su corazon empiece á sentir, la jóven que pensaba en sus trajes, el jóven que conservaba la moneda de cinco duros para depositarla en la bandeja de la linda condesita, explicarán á su hijo con fé sincera los episodios de la Pasion y Muerte del Redentor del mundo, la triste soledad de su adorada madre.

SOBERBIA Y HUMILDAD.

—«¿Qué soy yo! exclama el hombre que malgasta su inteligencia, que pervierte su corazon ambicionando goces, aspirando á dominar á los demás, urdiendo intrigas, levantando su pedestal con las debilidades humanas. He deseado oro, añade, y mi fortuna es inmensa; todos me envidian, y yo me compadezco. He deseado poderío, lo he alcanzado, y hoy con fortuna y con poder, busco hermanos, y solo hallo enemigos. ¿Qué vale mi grandeza?... Hoy el pobre y el rico, el operario y el magnate, se juntan en el templo y se prosternan ante una cruz que al redimir á todos los hombres del pecado, los ha hecho iguales ante Dios. ¡Ah! ¡Cuán pequeño soy! Para escitar la envidia de cuantos me rodean, tengo que luchar, tengo que sufrir; mientras que Jesucristo, nacido en un establo, criado en la pobreza, ostentando la humildad por divisa, tiene en este momento millares de almas que le admiran, que le veneran, estrechados por indestructible lazo de una religion que es obra suya, que ha roto las cadenas del esclavo, que ha enseñado al hombre el camino de la eternidad, que ha despertado en su corazon los mas puros, los mas bellos, los mas generosos sentimientos. ¿Para qué atesora el avaro sus riquezas, si no aspira con ellas á disfrutar el goce de la caridad? ¿Para qué ambiciona el hombre el poderío, si no comprende la dicha de hacer bien, de perdonar, de engrandecer? Un instante, y la muerte colocará su helado dedo sobre la frente del poderoso, y

despegada el alma de la soberbia, no podrá presentarse al tribunal de Dios con la humildad.»

De esta manera habla el orgullo, cuando abiertos los templos, calladas las campanas, recogidos los ánimos, silenciosas las calles, tiene que estar en su dorado alcázar, porque los goces mundanales han cerrado sus puertas, y los convidados al festín de la vida despiertan de ese sueño febril que se llama la orgía.

VI.

LA MATERIA.

Un hombre que pasa ya de cuarenta, sin ilusiones ni familia, solteron por egoísmo, sale de la oficina, llega á su casa y llama á su criado.
 —Prepáramelo todo para mañana.
 —¿Vá V. de pesca?
 —Sí.
 —¿Un día como el que es?
 —No hay oficina, ni pasado, ni el otro, y voy al campo. En el río del pueblo se pescan sendas truchas, y puede uno muy bien hacer ejercicio, echar una cana al aire y ¡comer de viernes.
 —¿Por supuesto que irá V. en el ómnibus?
 —Sí, toma dos asientos para mí... estoy tan gordo que apenas quepo en uno.
 ¡Contrastes de la vida!

VII.

MATER DOLOROSA.

Pero en medio de la inmensa galeria de donde he tomado los cuadros anteriores, hay uno, el mas interesante de todos. La figura varia, pero en el fondo es siempre la misma. Unas veces es el huérfano, el niño abandonado que ha empezado á sufrir cuando debia gozar, que vuelve los ojos á todas partes buscando apoyo, implorando cariño; otras,—las mas—y entonces la figura adquiere mayor belleza, mayor sublimidad, es la madre que contempla vacía y helada la cuna en donde el hijo de sus entrañas pagaba sus caricias con angelicales sonrisas, la madre que ha cerrado los ojos del hijo que empezaba á ofrecerle con el fruto de su trabajo, con su amor acendrado, hijo á la vez del corazon y de la inteligencia, la esperanza de una felicidad sin límites.
 Para ella todas las ilusiones, todo el mundo está encerrado en uca tumba, y si el bullicio de la vida adormece sus penas, cuando llegan los días de la SEMANA SANTA, cuando todo calla, comprende como nadie la Soledad de la Madre de Dios, se identifica con su dolor, y sus silenciosas lágrimas corren en abundancia.
 Pero este llanto es un consuelo para su aima, porque á través de las lágrimas, descubre felicidades que solo la religion cristiana ofrece á los que saben sentirla, no con las palabras, sino con el corazon.

JULIO NOMBELA.

EL PRESIDIO. (1)

(Conclusion).

Después de recorrer uno de los talleres, puede decirse que se han recorrido todos; no ofrecen mas diferencia que el diverso trabajo que en cada uno se hace; hay tejedores, silleros, ebanistas, estereros, alpargateros, carpinteros, etc. etc.

Entre los penados se encuentran muchas fisonomías inteligentes, y aun en alguna he creído notar cierto carácter de nobleza y distincion; la falta de educacion es la que ha conducido al presidio á todos esos infelices, de quienes se hubiera podido hacer hombres honrados y de elevado talento. Pero ese fatal descuido que hay en la mayor parte de los pueblos, respecto de la instruccion de sus hijos, arrebató á la patria muchas inteligencias notables, que solo necesitaba el indispensable cultivo, y contribuyen al aumento de la estadística criminal.

El crimen reconoce por causa general la ignorancia de todo derecho y de toda moral. Solo el que desconoce los puros afectos de la familia y del hogar, el que no debe á sus padres el beneficio de la educacion, que es la paz de la vida, puede asesinar á sangre fria por codicia ó por envidia; solo el que desde niño se habituó á la holganza, no habiendo hallado jamás quien le haga amable y llevadero el trabajo, puede hacer del robo una profesion, mucho mas penosa, mucho mas peligrosa que el mas duro de los oficios.

Si todos los padres se penetraran de estas innegables verdades, no dejarían de enviar á sus hijos á la escuela, beneficio de que todos pueden gozar, aun los mas pobres.

Cuando leo en los periódicos las peticiones de fusiles que dirigen al gobierno pueblos de escasísimo vecindario y que ninguna necesidad tienen de armas, como no sea para hacer mas lamentables y funestas las querrelas entre vecinos, y considero que hay pueblos donde las llamadas juntas revolucionarias han destituido á los maestros de escuela, y otros donde estos infelices no pueden hallar medio de que se les pague, me parece que está muy léjos todavía el día en que se haya estendido la ilustracion por toda esta noble tierra, y se puedan, por consiguiente, gozar los beneficios de la verdadera libertad.

Los pueblos libres son precisamente los que mas ilustrados necesitan ser. Sin esta condicion no hay ningun pueblo verdaderamente libre.

(1 Véase el número anterior.

—¿Hay escuela en el establecimiento? pregunté al empleado que me acompañaba.

—Sí señor; ahora vamos.
 En efecto, fuimos á la escuela, una habitación muy reducida por cierto.

—Pequeño es este local, me parece, para el objeto.
 —Sí señor, pero no habia otro, y aun es demasiado.
 —Pues á mí me parece que debia haberse destinado á escuela precisamente el salon mas ancho que hubiese.

—¿Qué! no señor, para los que vienen...
 En la escuela habia cuatro chicos pequeños, hijos de penados, segun me dijeron, y otros cinco ó seis mayores.

Parece mentira.
 La escuela debia estar frecuentada por todos los penados que no saben leer, que son la mayor parte, pero no sucede así. Los penados que no saben leer no se afanan por aprender, ni tampoco tienen quien les estimule al estudio.

La organizacion de los presidios es por todo extremo deplorable; no se cuida en el presidio mas que de que los penados tengan subordinacion y no se escapen, aunque muchas veces sucede esto y no se consigue aquello. Todos los años hay algun motin en algun presidio, que suele ocasionar sensibles desgracias.

El sistema de represion constante no da tan buenos resultados como daría el de persuasion y la enseñanza obligatoria. No se le debia hacer ver al presidiario que se le mira con desden, que no inspira mas que una compasion muy parecida al desprecio, sino que se le tiene amor, que se quiere su bien, que mas se le quiere corregir que castigar, que se anhela ponerle en situacion de ser útil á la sociedad, para que ésta le vuelva á recibir en su seno, olvidando su falta.

Al criminal se le debe hacer comprender la sinrazon con que ha cometido el delito, las ventajas que sobre él tiene el hombre honrado, y la justicia con que se le impone una expiacion.

Pero no es el mejor medio arrojarle á un presidio y dejarle allí poco menos que abandonado hasta el día en que cumple el tiempo de su condena.

¿Cuántos son los criminales que salen arrepentidos del presidio?

Bien contados serán; casi todos salen para continuar en su carrera de vicios, acaso con mayor perversidad que cuando entraron.

Todo esto debe llamar la atencion de los legisladores para emprender con decidido empeño y verdadero amor á los desdichados que pueblan las cárceles y los presidios la reforma de nuestro sistema penal.

Al entrar en la sala que servia de escuela, el señor maestro se puso en pié cortesmente.

Su fisonomía es muy simpática y muy inteligente; es un hombre jóven y, sin embargo, ya hay profundas arrugas en su rostro y su cabeza blanquea. Sus delicadas manos hacen comprender que no es un hombre vulgar, que pertenece á una clase distinguida de la sociedad.

—La escuela, me dice, no es lo que debiera ser.

—¿Tiene V. muchos discípulos?

—No, señor, estos niños que V. vé.

—¿Y los hombres?...

—Esos no necesitan por lo visto saber leer.

No habia yo reparado que el maestro, aunque muy aseado, con su camisa limpia, su corbata de seda, y su chaleco de abrigo usa tambien el traje de presidiario.

Adivina mi sorpresa, y me dice con suma afabilidad.

—Sí, señor, yo tambien soy penado.

—¿Ah!

—Pero tranquilícese V., no soy un ladrón, no soy un asesino, ni un estafador; soy simplemente un desgraciado.

—Nada tiene V. que decirme, le digo, para que yo le considere y le aprecie...

—Dios le pague tan generosas palabras. Una falta, hija de mi carácter y de la exajeracion de la pasion, me ha traído á este sitio; al principio me revelaba contra la injusticia de los hombres, pero ya estoy resignado, y convencido de que la injusticia era mia, que todo lo que es contra la razon y contra el prójimo, es injusto.

—¿Hace mucho tiempo que está V. aquí?

—Hace cuatro años; otros tantos me faltan para salir.

—Usted es mas dichoso que los demás; V. dentro de este establecimiento hace una buena obra.

—¡Oh! sino fuera por esto me hubiera muerto, pero este deber que me he impuesto me entretiene y me hace mucho bien. El amor que me inspiran estos pobres niños, hijos de padres criminales, y ya criminales algunos de ellos mismos, ha dulcificado mucho mi carácter. Los hay sumamente torpes, de escasísima inteligencia, que desesperarian á un maestro cualquiera; á mí no, á mí me estimulan más y más á disipar en lo posible las nubes de su inteligencia, y cada adelante que les veo hacer, por insignificante que sea, es un gran triunfo para mí.

—¿Usted se ha dedicado siempre al magisterio?

—No, señor, aquí es donde he elegido esta grata profesion. Es el único medio que encontré de aislarme en medio de esta gente que llena estas casas. No crea V. que yo desprecio á los penados, no; yo lo soy tambien, pero no tenia bastante confianza en mí mismo; acaso me hubiera pervertido como se pervertien casi todos los que entran aquí. ¡Ojalá todos viniesen á la escuela! ¡ojalá al salir yo de esta casa pudiera decir!—En ocho años he enseñado á leer y escribir á todos mis hermanos... mis compañeros de presidio. Si cometí una falta y agravíe á la sociedad, ya la he desagraviado, y he hecho algo que puede serle útil.

Mucha simpatía me inspiró el maestro, en el que resplandecía la mejor doctrina moral, y que manifestaba una inteligencia superior.

Al despedirme de él estreché su mano, y esta accion le conmovió.

—Dispense V., pero aquí no estamos acostumbrados á que manos honradas estrechen las nuestras.

—Yo estrecho la de V. porque estoy persuadido de que es un hombre de honor, aunque se halla en este sitio.

—Gracias; acaso ese mismo sentimiento exagerado me hizo culpable.

—No quiero saber la falta que V. haya cometido. ¿Quién no las comete en el mundo? ¿Quién está libre de venir á ser huésped de éste ó de otro presidio?... La ley no puede perdonar en absoluto las faltas de irreflexión, los arrebatos de la pasión, la explosión de sentimientos propios de hombres dignos, pero el hombre nunca debe menospreciar á quien es víctima de una de esas exajeraciones, porque sería menospreciarse á sí mismo. Todos somos capaces de hacer el mal; todos podemos ser víctimas de una desgracia; ¿quién puede considerarse libre de un pensamiento fatal, de un segundo de locura?...

—Mucho placer experimento oyendo hablar á V. así.

—Y yo lo sentiré muy grande el día que encuentre á V. en la sociedad, y desde luego le ofrezco mi amistad.

Y salió de la escuela, y poco despues del presidio, pidiendo á Dios que nunca me abandone, que no se turbe mi razón un momento para hacer el mas leve daño á mi prójimo, y que me envíe la muerte antes que pueda venir á atormentarme un mal pensamiento.

C. FRONTAURA.

CASCABELES.

En un teatro de Madrid se cantaron la otra noche coplas contra D. Carlos (no crean Vds. que contra mí), contra el otro. ¡Y pensar—porque nada hay imposible mas que nomorirse, que si viniera un día ese señor, los que no deseo, los mismos que le cantan hoy coplas ridículas, darian funciones en su honor!

Los actores, en escena por lo menos, son siempre ministros de quien manda. Antes convidaban á la familia real y lo anunciaban con letras grandes en los carteles; ahora suelen convidar á la familia ministerial, provisional ejecutiva.

Los actores en escena no deben ofender á partido alguno, porque como en el público puede haber personas del partido ridiculizado, pueden ofender á parte del público, lo que es una inconveniencia.

Parece que el ministerio no es partidario de la incompatibilidad del cargo de diputado y todo empleo retribuido.

Pues pienso lo contrario que el ministerio. Esa incompatibilidad es una necesidad para que pueda decirse que la voluntad de las Cortes representa la del país.

Muy útiles son, por cierto, las conferencias y lecturas morales que todos los domingos se celebran en la Universidad. El señor D. Fernando Castro, rector de la misma, presta un

señalado servicio á las letras y á la moral con haber inaugurado estas provechosas conferencias.

Los años anteriores habia en la Semana Santa en la capilla de palacio lavatorio y comida de pobres, á los cuales se les daba un buen socorro y se les vestia.

Este año, como no hay reyes, no podrá haber lavatorio, aunque bien podia el Poder Ejecutivo hacer esa obra de caridad; pero esperamos que el mismo Poder Ejecutivo ó la dirección del Patrimonio, de su bolsillo por supuesto, dé á los pobres, en celebridad de los grandes hechos que recuerdan hoy los cristianos, una limosna equivalente á la que se daba en palacio los años anteriores.

Será un rasgo que elojaremos con el debido entusiasmo.

Continúa el señor Vilanova sus luminosas conferencias en el Ateneo sobre el hombre fósil.

Al ver que liberales y realistas, y avanzados y retrógrados se arman ahora con mucho afán, pienso dar yo otras conferencias sobre el hombre fósil.

El ayuntamiento de Granada va á comprar 4.000 carabinas.

¡Apenas se podian comprar silabarios, catones, catecismos, historias y geografías con ese dinero!...

Despues de la ridícula y edificante manifestacion del lunes, ya no le falta nada á la situacion para ser digna del lápiz de Ortega.

Las mujeres gritaron, los hombres tambien, y tuvo que salir Castelar á intimar enérgicamente la dispersion.

Hubo gran alarria; la gente pacífica se metió en casa, y todo el mundo quedó convencido de que esto no tiene atadero, la reaccion trabaja de la manera menos noble, y que aquí no se ha aprendido todavía lo que es libertad bien entendida.

Solucion del geroglífico anterior.

Asómate á esa vergüenza, cara de poca ventana, vé lo restante, por que no es como te figurabas.

El Imparcial quiere que se supriman las procesiones religiosas, porque dice que son ocasionadas á actos irreverentes.

No me opongo; pero me parece que habiendo libertad para procesiones con estandartes y banderas republicanas y gorritos de dormir frigos, y para manifestaciones contra el nuncio, y para reuniones como la de la abolición de las quintas, que dió ocasion á que se dijeran cosas estupendas, no se debe considerar de peor condicion, á las procesiones religiosas suprimiéndolas por peligrosas.

O hay libertad ó no la hay; si la hay, debe ser para todos. ¡Lógica, lógica!

En Paterna, los republicanos (lo dice *El Porvenir de Granada*)

de), han tenido presos cinco dias en un oscuro calabozo á varios labradores.

¡Y viva la libertad, la igualdad, la fraternidad, la seguridad personal y la inviolabilidad de las personas y del domicilio!

Pero en fin, estos son excesillos que, como dice el señor Orense, no tienen nada de particular, ni se debe asustar por eso nadie de la libertad.

Ya lo creo; lo que es yo que estoy en Madrid no me he asustado mucho que se diga de la libertad, pero ¿qué les habrá parecido á los cinco labradores presos la libertad, al verse presos en un oscuro calabozo?

Los milicianos de Pinto y de Carcabuey y de otros muchos pueblos no tienen fusiles y los piden.

A mí no me importa que se los manden, pero quisiera que á la vez que se piden fusiles se pidieran libros, que son armas mucho mas provechosas.

La manifestacion proteccionista verificada el domingo en Barcelona fué numerosísima y brillante. Ninguna manifestacion política ha sido tan concurrida, y no es de extrañar; la idea que representaba la manifestacion proteccionista es la que anima á todas las clases laboriosas; en las manifestaciones políticas estas clases no suelen tomar parte.

Felicitemos á la *Asociacion protectora del trabajo nacional* establecida en Barcelona, á la que se debe la realizacion de esa elocuente protesta en favor de la produccion española.

Sentimos, y lo diremos francamente, que no se haya invitado á la prensa de Madrid.

Señor ministro de Hacienda, tenga V. entendido que ya se han muerto de hambre algunas de las infelices viejecitas que cobraban pensiones por la Tesorería de Palacio, y que otras han tenido que ponerse á vender fósforos y *La Correspondencia*.

Esto es irritante. Pero todavía sigue la Dirección general del Patrimonio con 50.000 rs. y coche.

Algunos periódicos parece que tienen empeño en que se impidan algunas de las costumbres tradicionales de estos dias santos.

Todas las exajeraciones son censurables. Si queréis libertad de cultos, ¿por qué manifestais tal aversion al culto católico? ¿Si no os parecen dignas de censura las alarmantes manifestaciones políticas, por qué tratáis de impedir las religiosas?...

¡Buena la habeis hecho, Serrano, Prim y Topete!

En la acreditada sastrería de Velasco, en la calle del Arrenal, núm. 15, se hacen los mejores uniformes para los voluntarios de la Libertad, como hemos tenido ocasion de ver. El señor Velasco ha logrado reunir una escogida clientela, gracias á la perfeccion de las prendas de militar y paisano que se confeccionan en su casa. Tambien vende figurines de uniformes para las citadas fuerzas populares.

Imp. de EL CASCABEL, á cargo de Diego Valero, Hileras, 4.

FOLLETIN DE EL CASCABEL.

—Gracias, añadió este con aire compungido.

—Vamos á ver á la madre y luego veremos á la criatura. Lo primero es que la madre no sufra.

—Tiene V. razon, el padre es el que debe sufrir.

D. Serafin examinó á la enferma, y con visible satisfaccion salió de la alcoba, diciendole al venturoso padre:

—No tenga V. cuidado, tendrá V. esposa para mucho tiempo.

—Siempre es un consuelo.

—El parto ha sido felicisimo; dice que apenas ha sentido dolor. Es verdad que la costumbre hace mucho en estos casos.

—Pues mira V., don Serafin, bueno es que pierda esa costumbre, porque á mí, francamente, me parte ahora un parto.

—Don Fulgencio, hay que tener paciencia, y recibir como un don del cielo los hijos que el cielo envia.

—Si señor, sí, pero enviar hijos y no en viar mas...

—Vamos, vamos, que V. siempre ha sido buen cristiano.

—¡Ya lo creo!

—Debo advertir á V. una cosa.

—¿Cuál?

—Su señora esposa no puede criar de ninguna manera.

—Yo tampoco, don Serafin.

—La he examinado detenidamente y es imposible que lo críe. No vivirá el niño y la madre correría peligro.

—Pues don Serafin, si examina V. mis bolsillos comprenderá que tambien me es imposible criar al niño.

—Usted no querrá echar su hijo á la In-cienda.

—No señor, de ningun modo, primero me echaria yo mismo.

—Vaya, tome V. para los primeros gastos, y ya hablaré yo de V. á personas que conozco, amigas de hacer bien.

—¡Oh! D. Serafin, V. siempre tan bonda-doso.

—Y dejo á Vds., porque tengo un pobre-cito jóven muy enfermo en la calle de Hortaleza, y hace ya muchas horas que no le he podido ver.

—¿En la calle de Hortaleza? repitió viva-mente D. Fulgencio.

—Sí señor.

—¿Cerca de la calle del Colmillo?

—Sí señor, casi en la esquina.

—¿En una guardilla?

—Exactamente. ¿Conoce V. al pobre jó-ven?

—Diga V., D. Serafin, ¿hay en su casa una hermana de la caridad?

—Sí señor, yo la he llevado, una santa.

—D. Serafin, déjeme V. que le dé un abra-zo; y ahora dígame V., ¿conoce V. á una se-ñora alta, de buen trapio y... no puedo dar mas señas.

—No son muchas.

—Le diré á V., no tengo otras de esa seño-ra, porque no la he visto la cara.

—Entonces...

—Esa señora, viéndome esta mañana para-do leyendo un cartel que habia cerca del por-tal de esa casa, en el que se leia *Se dá dine-ro...* como yo siempre ando viendo dónde se dá eso... se acercó y me dijo:—Caballero, ¿quiere V. hacerme un favor?...

Y D. Florencio contó á D. Serafin que ha-bia subido á la guardilla y entregado la carta de la señora, y gastado luego el duro en se-guir al coche de aquella dama.

—¡Call! exclamó el hijo del sacristan, que hasta entonces no habia tenido ocasion de hablar, lo mismo me sucedió á mí.

—¿A V.?

—Sí señor; una señora me dió una carta y un duro por el trabajo.

—¿Y quién es esa señora? preguntó el mé-dico.

—Eso pregunto yo, añadió don Serafin, ¿quién es esa señora? Debe ser una gran se-ñora, una egregia dama. Don Serafin, V. nos ayudará á descubrir quién sea; debe tener esa señora algun secreto, que descubierto nos puede valer algo á mí y á este simpático jó-ven... Jóven, haga V. el favor de meter al niño en el gaban, que se va saliendo poco á poco.

—Don Fulgencio, dijo el médico, yo no sé quién es esa señora, ni sospecho cuál sea su secreto, ni me importa descubrirlo, y me es-traña mucho que un hombre honrado com-

usted forme el propósito de hacer una accioe indigna.

—Don Serafin.

—Lo dicho, don Fulgencio: es verdad que se halla V. en una triste posicion, pero la po-breza no autoriza de ningun modo á acciones indecorosas. Si esa señora tiene un secreto debe V. respetarlo, y no procurar de ningun modo conocerlo. Esto es lo que debe hacer un hombre de honor, y lo mismo que hará usted seguramente.

—Mire V., si yo no quiero mas que pedir un empleo á esa señora, acaso tenga influen-cia y le será fácil cosa conseguirlo.

—No señor, no debe V. pedirle nada. Yo he hablado ya á algunos amigos, y tengo espe-ranzas de que será V. colocado.

—¿De veras?

—Sí, señor!

—Entonces haga V. cuenta de que no he dicho nada; no daré un paso siquiera por des-cubrir quien sea esa señora.

El médico se despidió, y quedaron solos el padre de la criatura, el hijo del sacristan y la criatura que daba vueltas en el gaban de su padre.

Felizmente para el niño, la madre le ad-mitió en su lecho y halló abrigo ya que no alimento.

Los otros hijos del afortunado y fecundo matrimonio, que mientras estaba el médico, á quien tenían un miedo horrible, habian es-tado jugando en la escalera, entraron apenas salió aquel, pidiendo todos á la vez.

—¡Pan! ¡pan! Papá, pan!

—Es verdad, hijos míos, el pan nuestro de este dia necesitamos todos, así como tambien este simpático jóven, á quien convidé á comer... Perdona V. jóven, á no ser por la cir-cunstantia faustísima del nacimiento de este nuevo vástago, ya habríamos comido... no sé qué, ni en dónde, pero ya hubiéramos comi-do, por que yo soy hombre formal y costum-brado á cumplir mis palabras.

—¡Pan! ¡pan! repitieron los chicos.

—Ahora, tened paciencia, criaturas, a qui tengo media onza que me ha dado ese ángel médico que se llama D. Serafin, con este di-nero hay para todo.

Vamos, jóven, vamos á cumplir primero

los deberes de la paternidad, buscando una acémila, digo un ama de cria que me críe al niño... luego comeremos, y despues nos ocu-paremos en arreglar el ceremonial del bautizo.

Y poniéndose D. Fulgencio el gaban, sa-lieron ambos.

En la Plaza mayor es el cuartel general de las amas de cria, con personas que las abo-nen, dispuestas siempre á encanijar á todo hijo de vecino y á comerse por los pies á todo padre amante y cariñoso.

Allí están las madres de aguiler, sentadas al sol, comiendo piñones ó ricos cacahuets valencianos, y departiendo amigablemente con los soldados de la guarnicion, á quienes las amas de cria inspiran profunda veneracion, sin duda porque las ven coronadas de la aureola de la maternidad, y ellas, los po-brecitas se muestran sensibles y agradecidas á las pruebas de desinteresado afecto que merecen á las tropas de la guarnicion, soste-niendo con los hijos de Marte las mas cor-diales y amorosas relaciones, amenizadas con algun refresco de cebada en el puesto de la esquina, ó un par de naranjas peladas y comidas con sin igual placer y en amorosa y discreta conversacion.

Allí se encaminó D. Fulgencio con su con-vidado, que no veia la hora del suspirado convite, y dirigiéndose á un grupo de tale-gos, digo de amas de cria, se fijó en la menos fea de todas, que era una muchacha bajita, regordeta, tostada del sol, con una rija en un ojo, que le hacia cierta gracia.

—¿Quiere V. criar?

—Si señora, vá pa dos meses que vine en estu de la tierra.

—¿Tiene V. leche fresca?...

—Esa, el cirujano de la enclusa podrá res-ponder... me puede V. tomar á satisfaccion... y estoy evacuada, y no me falta ninguna muela.

—Mire V., aunque no tuviera V. ninguna, me importaba poco.

—Un mes he tenido dos niños de la enclusa á mi cargo, y si lus he dejao ha sido porque no me pagaban, y me tiraban mucho los niños.

—Pues yo tengo un hijo, y no le puedo criar.

—¿Pues conmigo no tiene V. que tener nin-gun cuidado, porque yo sé mi obligacion.

TÓNICO ESTOMÁTICO. VIN DE BELLINI APERITIVO FEBRIFUGO. VINO DE PALERMO, DE QUINA Y COLOMBO. EL MEJOR RECONSTITUYENTE Y EL MAS PODEROSO REPARADOR DE LAS FUERZAS VITALES.

MEJORAS VISIBLES A TODA LA HUMANIDAD. La casi fabuloso-mitológica aceptación que ha alcanzado en todos los países del globo, el Acoite de Bellotas de mi invención, para ilustrar, hermopear, conservar, desmenuar, reproducir el callo y ocultar las canas, ha procurado una venta creciente y sostenida de mas de cuatro millones de frascos, en seis años, y merecido la recomendación de mas de 200 periódicos de todos los matices.

GRAN EXPOSICION DE DEVOCIONARIOS Y SEMANAS SANTAS. De todas clases y a precios fijos. Librería de San Martín, Puerta del Sol, número 6, esquina á la calle de Carretas.

SOCIEDAD GENERAL DE TRASPORTES MARITIMOS POR VAPOR SERVICIO MENSUAL. Línea de Marsella á Gibraltar, San Vicente Pernambuco, Rio Janeiro, Montevideo y Buenos-Aires. Saldrá de Gibraltar el 18 de Abril, el vapor

BORGOÑA. Admite pasajeros de 1.ª, 2.ª y 3.ª clase, y mercancías. Pasaje de 3.ª clase de Gibraltar á Montevideo y Buenos-Aires, 1,248 rs. Acúdase en Alicante y Cádiz á los señores A. Lopez y Compañía, y á sus correspondientes. En Madrid, Julian Moreno, Alcalá, 28.

AVISO. GRAN SURTIDO DE CALZADO. En la calle de la Gorguera, núm. 8, frente al herrador, se sigue fabricando el calzado de siempre, si bien mas arreglado por haber cesado los dependientes y estar el dueño al frente del despacho.

GRAN EXPOSICION DE DEVOCIONARIOS. En la librería de SANCHEZ RUBIO, calle de Carretas núm. 31, casa especial de dicho ramo desde el precio de 3 rs., hasta 1.000.

El ingenioso hidalguito D. QUIJOTE DE LA MANCHA, compuesto por Miguel Cervantes Saavedra, cuarta edición, corregida y aumentada por la Real Academia española, 5 tomos. Su precio 50 rs. en rústica. Se halla de venta los ejemplares mencionados en la librería de D. Salvador Sanchez Rubio, calle de Carretas, núm. 31.

KOUSSO. Único remedio verdaderamente infalible contra la leña ó lombriz solitaria. VER SOLITAIRE. Nada mas sencillo, nada mas inocente que la administración del Koussou, y sin embargo, una dosis basta para arrojar completamente la lombriz solitaria, inclusa la cabeza, en el espacio de dos ó tres horas, sin cólicos ni malos resultados. Depósito general en Madrid, laboratorio del Doctor Simon, calle del Caballero de Gracia, número 3. Precio 90 rs. Paris, rue Saint-Martin, núm. 25. Philippe.

EXPOSICION UNIVERSAL DE 1867 LICOR DE BREA CONCENTRADO. LIQUEUR DE GOUDRON CONCENTRÉE GUYOT. Farmacéutico. Único medicamento adoptado por los médicos de los hospitales de Paris, para la mejor preparación del Agua de Brea. Puede hacer uno mismo instantáneamente y con poco gasto el Agua de Brea. (Dos cucharadas grandes de este licor para un litro de agua, ó una cucharada de café para un vaso.)

ENFERMEDADES DEL PULMON. CLOROSIS, ANEMIA. Alivio pronto y selectivo por medio de las frías de hipoclorito de sodio, de cal y de bicarbonato de sodio. Precio 4 francos. Depósito general en Paris, RUE DES FRANCS-BOURGEOIS, 17 (an. Marais). Véndese en Madrid, en las farmacias de los SS. Don José Simon, Barrell hermanos, Escobar, Moreno Miguel y Sanchez, Ocaña. — En provincias en las principales farmacias.

NOVÍSIMA LEY DE ENJUICIAMIENTO CIVIL Y MERCANTIL. Única en su clase reformada con toda fidelidad y exactitud en sus textos con arreglo á la Unificación de fueros, anotada con numerosas disposiciones, prácticas y reglas de jurisprudencia del Tribunal Supremo de Justicia, seguida de un apéndice que contiene testuales los Reglamentos, Ordenanzas, Decretos, Ordenes, y Aranceles vigentes para todos los funcionarios de la Administración de Justicia, Abogados, Notarios y Procuradores. Un tomo encuadernado de 630 paginas, se vende á 24 rs. en Madrid, imprenta de D. J. M. Perez, Misericordia, 2; Provincias enviando 27 rs. en libranzas al administrador de la Gaceta de Registradores y Notarios, Huertas, 28; será remitido franco á vuelta de correo.

CHOCOLATES MEDICINALES COLMET. Los únicos que han sido premiados con medalla de oro, plata y bronce en las diversas exposiciones, y que cada día son recomendados por los más célebres médicos de Paris. El chocolate ferruginoso de Colmet para la curación de las clorosis, de los males de estómago, de las pérdidas uterinas, y para fortalecer los temperamentos débiles. Precio en Paris 5 fr. la caja; en España 14 rs. Chocolate purgante de Colmet, como derivativo contra los dolores de cabeza, sobre todo cuando van acompañados de vahidos, contra las obstrucciones, las enfermedades del bígado, de la bilis y los humores en general: En Paris 1 fr. 25 céntimos la caja; en Madrid 6 rs. En fin, los conifes vermífugos con santonina, remedio al mas seguro y mas grato para las niñas y de los niños. En Paris 1 fr. 25 céntimos el frasco, y en España 6 rs. Depósito en Paris: farmacia Colmet, 12, Rue Neuve Saint-Merry. Y en Madrid en el laboratorio del doctor D. José Simon, depositario general, calle del Caballero de Gracia, núm. 3.

112 FOLLETIN DE EL CASCABEL. —¿Y cuánto quiere V. ganar? —Yo le diré á V., ¿estaré bien comida, por de contadur? —Si, sí, lo que es eso... en casa estamos todos bien comidos (de pulgas). —La ropa será cosa de V. —Tambien, lo que es la ropa es cosa mia, como la de V. será de V. —Digo que V. me tiene que vestir. —¿Hombre! si es capricho; aunque no sé si le gustará eso á mi mujer. —Cuando el niño eche el primer diente... —Sí, aquel día tendremos chocolate con buñuelos, y medio conejo guisado. —Me dará V. seis duros. —¿Seis duros?... ¿Por toda la vida? —Al mes, y ropa, y buena comida... y yo cuando estoy criando, bebo vino siempre. —No me parece mal; pues no puedo dar mas que tres duros. —Es poca... esu solu tengü que mandásetu por la galera á mi hombre, que está en la tierra. —Pues no me conviene V. —Oiga V., señor, yo iré, dijo otra ama, única fiaca que habia en el corro, iré por los tres duros, porque... sépalo V, señor, hace dos semanas que ha muerto mi marido, que ora albaniil y se cayó del andamio, y mi hijo murió mañana hace ocho dias... No tengo que comer, señor, lléveme V. á su casa por caridad, yo le criaré á V. el niño con tanto amor como si fuera su misma madre. Si quiere V. que me reconozca el médico... verá usted cómo le dice que puedo criar bien. Don Fulgencio era un buen hombre, y le enterneció la súplica de aquella pobre mujer, en cuyo rostro se veian claramente las huellas del dolor y la miseria. —¿Puede V. venir ahora? —Si señor, yo no tengo casa ni hogar; ayer me echó el casero del cuarto. —¿Vaya un pelage de amal —Pero señor, si esa mujer está ética. —Bonita cria va á sacar. —Si parece que va á entregar el alma á Dios. —No vive el niño ocho dias. Así increparon sin piedad á la infeliz mujer todas aquellas amas de cria, al ver que don Fulgencio se decidió por ella. Pero él no cedió en su decision, y se la llevó consigo. En el camino compró don Florencio provisiones, unas chuletas, un pollo para la parida, unos bollos para los chicos, pan, y unos rábanos para dar cierto carácter al banquete. De vuelta en casa, el buen marido presentó la nodriza á su mujer, que al verla exclamó: —¿Jesús! ¿qué me has traído aqui? —Señora, contestó la viuda, no tenga usted cuidado, que yo puedo criar al niño tan bien ó mejor que otra cualquiera. He sufrido mucho, y por eso me ve V. fiaca y triste, pero teniendo alimento seguro, ya verá usted cómo crio el niño. La comida fué muy bien recibida por don Fulgencio, el hijo del sacristan, la nodriza y los chiquillos, y á todos les pareció poco. Cuando hubo concluido el festin, ya dormido el inocente recién nacido, dormida también la madre y satisfechos los chiquillos, D. Fulgencio dijo al hijo del sacristan. —Vaya, cuénteme V. ahora su historia, jóven, como me prometió contarla despues de comer. —Tiene V. razon, pero es tarde y me voy. —¿A dónde? —Tengo que hacer, ya volveré á ver á V. Y sin que le pudiera detener su anfitrión, salió, y al hallarse en la calle, preguntó á una persona: —¿Me hace V. el favor de decirme hácia dónde está la calle de Hortaleza? Y recibidas las señas se dirigió á la citada calle, y buscando la del Colmillo, encontró pronto la casa misma donde entró el dia de su llegada á Madrid con la carta que le diera la señora encubierta, y que resultó contener un billete de cuatro mil reales, de cuyo poder solo podría dar noticias el escribano aquel que le tomó declaración en el Hospital. En la puerta de aquella casa se detuvo, y pensó lo que habia de hacer.

CAPITULO XIX. Suma y sigue. Don Fulgencio, no bien hubo visto en brazos del hijo del sacristan, á su nuevo retoño, exclamó, increpando á su mujer: —Pero desgraciada, ¿por qué no has esperado al médico? Estas cosas no deben hacerse nunca sin auencia de la autoridad y la autoridad en estos casos es el médico. ¡Cómo llora el angelito!.. Parece que conoce la triste situación en que nos hallamos y se halla él, al venir al mundo. —Saca la ropa, abrigale, dijo con apagada voz la parida... —¿La ropa! eso es muy fácil de decir; pero los trapitos de cristianar del último niño que tuvimos están empeñados, como sabes, gracias á que eran cosa de valor, regalo de aquella ilustre madrina que, si no se hubiera muerto, lo sería de este nuevo heredero de mi nombre, y ¡ojalá pudiera serlo de mí mismo, que no tendria inconveniente en volver á bautzarme! —Abrigale. —Bueno, bueno, le pondré mi gaban, le meteré en un bolsillo... no tengo otro recurso por ahora. Y en efecto, el bueno de D. Fulgencio se quitó el gaban, y envolvió en él á la criatura, que acaso será la única en el mundo que ha usado el gaban por primer traje. Y estando en esto, entró el médico-cirujano, que no era otro que el mismo D. Serafin, á quien ya ha visto el lector en la casa de la madre ciega y el hijo moribundo. Don Fulgencio le conocia desde los tiempos de su buena fortuna, y el ilustrado y caritativo profesor no se negaba nunca á asistir á las personas que no podian pagarle; apreciaba muy poco el dinero, y con poco le bastaba para sus escasas necesidades. —¡Ay! señor don Serafin, ¿ha visto V. qué imprudencia de mujer?... —¿Qué dice V.? —Que ya ha parido sin que V. la ayude. —Amigo, la naturaleza sabe prescindir de todo auxilio, y no detiene jamás su curso... Le llegó la hora y ha parido... Vamos, sea enhorabuena, don Fulgencio.